

LA FAMILIA: primera experiencia en la Iglesia

Por AMPARO HERNÁNDEZ BARRIOS

Siempre me he sentido bendecida por Dios, porque compartí con mi hermana los ocho meses de gestación y segundo porque Dios me brindó los mejores padres del universo.

Hoy en día me pongo a pensar cuándo fue mi primera experiencia en la Iglesia y; por más que pienso, creo que la dicha de disfrutar una familia tan unida fue la oportunidad brindada por el Señor para vivir una experiencia en comunidad.

En efecto, nada más nacer, mi madre nos llevó, junto con los padrinos, a recibir el bautismo. De esta manera se comprometió a iniciarnos en el misterio de Cristo y de la Iglesia.

Recuerdo con gran alegría los días de Navidad, en que mi abuela nos contaba sobre los Reyes Magos y el nacimiento del niño Jesús. Mi papá nos llevaba por algunos templos para que disfrutáramos de sus nacimientos; y siempre me impresionaba el de la Parroquia del Carmen, en la transitada calle Infanta. Aunque vivimos momentos

de escasez, debido al período especial, en mi hogar nunca faltaron los rituales y el espíritu de alegría por este especial momento.

Cuando apenas fui capaz de entender algo, ya mi madre nos enseñó las primeras oraciones, como el Padre Nuestro y el Ángel de la Guarda. Esta última la repito una que otra vez antes de dormir, para recordar un poco esos momentos de la niñez. Nunca faltaron, además, los primeros rudimentos del amor a la Virgen de la Caridad, madre de todos los cubanos.

Los años fueron pasando y cada día consideraba la necesidad de sentirme más cerca de Dios. Fue entonces, cuando tenía ocho años, que le pedí a mi abuela que me llevara los domingos a la misa en la Capilla de San José, hoy Parroquia, situada en Ayestarán. Todavía recuerdo ese primer día, a pesar de mi extrema timidez, la felicidad inundaba mi corazón, sin espacio para otro tipo de sentimiento.

En la catequesis pude profundizar mis conocimientos acerca de la Palabra de Dios y a medida

que fui recibiendo los sacramentos asumí las responsabilidades de mi vocación personal, en este caso, la matrimonial.

¿Alguna vez dudé de mi fe? Por supuesto que sí. ¿Qué ser humano no ha transitado por esa experiencia? Aunque en ese momento no

entendía por qué me pasaba, hoy creo que fue beneficioso experimentarla para poder afianzar mi amor a Cristo y su Iglesia.

La adolescencia es una etapa muy dura, donde las dudas y el cuestionamiento sobre tu existencia abundan en la mente, sin poder detenerlas. En esa época me había alejado de la iglesia con el pretexto de los estudios. Pero fue el tiempo que más necesitaba de la cercanía de Dios. Claro está, Él nunca me abandonó, fui yo la que tomé distancia. En ese período de mi vida sentía que me faltaba algo para lograr la completa felicidad, pero no sabía qué era. Poco a poco comencé a asistir a misa a petición de mi mamá, hasta que sentí que ese vacío se estaba completando con el amor incondicional del Señor. Comprendí entonces que yo era suya y que él no permitiría que me alejara nunca más.

La pregunta entonces era: ¿en qué podía servir a Dios y a su Iglesia? Catequista fue la respuesta. Realmente, me siento muy feliz colaborando con la Pastoral, que para mí es la más comprometida, porque ayuda a formar en la fe cristiana a los niños, los que en el futuro serán la generación que continúe edificando y manteniendo nuestra Iglesia cubana.

En la actualidad, me siento doblemente bendecida; primero, como mencioné anteriormente, disfruto de una amorosa familia; y ahora, porque tengo un esposo que me hace extremadamente feliz y con él quiero compartir todos los días de mi vida.

